

EVÁNGHELOS MOUTSÓPOULOS

Catedrático de Filosofía

EL MITO HISTORICO

Jacques Chevalier relata que en el curso de una de sus entrevistas con Bergson (22 de Marzo 1921, *in fine*), éste le ha confiado que en 1917, mientras que la primera guerra mundial estaba en su apogeo, había sido enviado, con otros representantes del espíritu francés, a los Estados Unidos para pleitear en favor de la causa francesa en tanto como «embajador intelectual (iterativo)», como se diría hoy o como debía haber sido escrito en algún reportaje de la actualidad de entonces. Se habría muy fácilmente, deformando la realidad, deducido que había sido nombrado oficialmente embajador de Francia ultra - Atlántico: mito debido a una confusión o simplemente a un error de interpretación de un hecho particular, pero que demuestra que la rectitud en la información histórica depende de una comprensión previa de los valores lógicos y epistemológicos a que están enlazados. Esto es, naturalmente, evidente en el campo de la información científica; contrariamente, en el campo histórico, se está demasiado frecuentemente inclinado a descuidar esta exigencia, que se confirma estar implicada por la naturaleza de los acontecimientos.

En efecto, la historia es, por una parte, una serie de realizaciones únicas, encadenándose las unas en las otras según una causalidad que le es propia y que condiciona a la unidad; y, por otra parte, una tentativa de reconstitución no solamente de esos acontecimientos, sino también de esta misma causalidad particular, por parte del historiador que se esfuerza, mediante unas técnicas de interpretación, de volver a trazar los rasgos fundamentales. Más que el estudio de los acontecimientos, está preocupado por él de sus causas. Es sobre este punto precisamente que aparece con más nitidez en la historia, así como se acaba de ver, la exigencia lógica; pues no podría ser cuestión de tomar unos informes de causa por efecto sin fundar la realidad sobre unos informes de valor semánticos, a los cuales pueden estar finalmente reducidos.

Estas reflexiones delimitan los contornos de la significación recono-

cida en las nociones de verdad y de objetividad aplicadas a la información histórica. Si hiciese falta abordar el problema de más cerca, forzosamente habría que admitir que, sobre el plano de los encadenamientos de los acontecimientos históricos, la verdad consiste en la autenticidad de la línea de separación entre causa y efecto. Existe, principalmente, un margen de error para el historiador llamado a explicar la causalidad real a través de la causalidad aparente. El problema de la verdad histórica entero está reducido a la cuestión de desnivelación posible entre la línea que separa el acontecimiento-*causa* y el acontecimiento-*efecto*; pues una tal separación es frecuentemente concebida por el historiador, en el plan temporal, de manera diferente, que no aparece al profano — estando el historiador en la medida de captar la verdadera causalidad en cada aspecto particular del proceso histórico. Verdaderamente, más que como una línea de separación entre lo de «antes» y lo de «después», entre la causa y el efecto, la causalidad histórica se presenta cada vez como un «modelo reducido» de procesos, como una zona o como un margen en el interior del cual tales tensiones causales, ellas mismas temporalmente concentradas, se afirman no obstante en tanto como elementos axiológicamente intensificables e intensificados. Temporalmente reducida al mínimo, la causalidad histórica adquiere un *máximo* de intensidad y de alcance. En este género de proceso histórico ya reducido a lo esencial, el historiador localiza, en el interior de una zona ya particular, un punto mínimo que separa lo de «antes» de lo de «después»; la causa, del efecto; reduce así, al segundo grado, lo esencial de lo definitivo.

Gaston Bachelard ha mostrado que la realidad posee una naturaleza «fibrosa», y que es en esta realidad que el sabio es llamado a distinguir unas estructuras particulares complicadas, porque le son acordes. Pero, por otra parte, Bachelard niega la existencia de toda oposición entre objeto y sujeto del conocimiento científico. No parece ser de otro modo en la naturaleza de la realidad histórica: ella misma fibrosa, esta última llama a una interpretación histórica que le sea adecuada. Todo el problema se encuentra, desde entonces, reducido a una cuestión de equivalencia entre la temporalidad que expresa la interpretación de la causalidad histórica y la temporalidad de esta causalidad-misma. El punto mínimo al cual la temporalidad causal está reducida marca la conceptualización de esta naturaleza de lo histórico por parte del historiador. La interpretación histórica es conforme a la realidad histórica en la medida en que el punto, el *mínimo* temporal, que marca la causalidad de esta última, coincide con él que es propuesto por el historiador. Ciertamente, el peligro de esquematización está presente en esta concepción de lo histórico; pero, más allá de la naturaleza «fibrosa» de éste, hay lugar de manifestarse sobre lo decisivo que es, en

un contexto causal, más que una reducción, una verdadera puesta en valor de lo esencial.

¿Es posible, en estas condiciones, concebir una temporalidad histórica diferente de la temporalidad causal expresada por la relación «antes» «después», mejor dicho, una temporalidad histórica «al contrario»? ¿La distinción hecha por Collingwood, entre el aspecto interior y el aspecto exterior del acontecimiento histórico, a saber entre la apariencia, con frecuencia engañosa, que no parece obedecer a ninguna causalidad efectiva, y el fondo interno del acontecimiento, revelado en la conciencia del que participa intencionalmente en la creación del acontecimiento, y muy importante en la circunstancia? Pues, para Collingwood, conocer el pensamiento íntimo de los protagonistas de la historia equivale a coger la causalidad de los acontecimientos que la constituyen. Así, por un cambio de su actitud habitual, el historiador se coloca sobre un plano completamente «consciente» adoptando una posición resueltamente bergsoniana, la de concebir en adelante la historia «de dentro», lo que no quiere decir negar todo objetivismo; al contrario, el historiador procede metódicamente, profundizando el pensamiento del personaje histórico, para coger de manera adecuada, por lo tanto objetiva, la causalidad interna que conduce a la producción del acontecimiento estudiado, por lo tanto a su comprensión y a su interpretación según sus estructuras íntimas.

Esta búsqueda de la causalidad histórica en la conciencia de los creadores de la historia, lejos de obedecer a algún «psicologismo», no tiene más que un carácter esencialmente metódico, y responde a unas nociones que, además de un interés histórico propiamente dicho, presentan un interés moral, es decir filosófico, a saber las nociones de *intencionalidad* y de *kairicidad* (de «kairos»). La noción de intencionalidad no sabría interpretarse (de la manera en que ésta ha sido intentada después de Husserl) como totalmente distinta de la noción de intención. En efecto, ya en Husserl, la intencionalidad designa una necesidad de la conciencia que no sabría ser más que conciencia de alguna cosa, según la concepción escolástica. Esta apertura de la conciencia no debería considerarse no obstante como completamente estática. Pues, si es abertura hacia un objeto cualquiera, es igualmente abertura hacia un objeto que, bajo el punto de vista de la temporalidad, se coloca en el interior de una serie de acontecimientos dados, en un futuro más o menos próximo del presente tomado como punto de referencia. Se supondrá la eventualidad de una inversión de la relación considerada colocándose sobre un plano «de conciencia», principalmente el del personaje histórico, para concebir la intencionalidad de la conciencia como una expresión de su posibilidad de tener unas intenciones. La inversión operada

permite al acontecimiento situado en el porvenir de adquirir él mismo las dimensiones y la importancia de un punto de referencia al cual se reduce el presente, e incluso, de un centro de interés, de un centro de apelación, por lo tanto un *valor* para la conciencia que se encuentra estar en adelante totalmente comprometida en el camino de la realización del acontecimiento concebido como realizable.

La causalidad histórica interna implica, por consiguiente, una inversión de la temporalidad, instaurando una temporalidad aporte, puramente intencional, donde, al sistema de las nociones categóricas de «antes» y de «después» se superpone un sistema diferente, el de las nociones o más bien de los valores categóricos de «aun no» y de «nunca más», sin los cuales la intencionalidad histórica, en la medida en que es, ante todo, un seguimiento de las ocasiones favorables a la realización concebido no sabría afirmarse. Es en estas condiciones que es posible de coger el sentido de la noción de «kairicidad» al cual se acaba de hacer alusión. A la inversa de la conciencia del historiador, la conciencia del personaje histórico está decididamente orientada hacia el porvenir. Es pues falsear el contenido, la orientación y la especificidad que el querer a todo precio, y en una perspectiva que parecería derivar directamente de la lección kantiana alinear la segunda a la primera: peligro amenazador para el verdadero conocimiento de la realidad cumplida, vuelto tanto más probable como que es debido a una deformación constante de esta realidad por los historiadores que, en su conformismo «indolente», no dudan en modelar cada uno su actividad sobre la de los otros. La información histórica adquiere pues, a nivel ya de la metodología aplicada a la investigación, una inflexibilidad altamente deformante de la realidad, al punto que la concepción misma de la verdad histórica se encuentra profundamente afectada.

El mito histórico es posible gracias a la inadvertencia metodológica de los historiadores. En sí, no obstante, el mito histórico se forma y vive por una mala conciencia o un grupo de malas conciencias, tan pronto como una concepción histórica, reconocido como siendo errónea, se vuelve al punto de vista fijo al cual esta conciencia o este grupo de conciencias se adhieren para sostener la verdad y la exactitud, por oposición a la concepción que tiene de a sustituirse. No se trata de ninguna manera aquí de empujar las cosas al extremo poniendo, por ejemplo, en duda la legitimidad misma de los cimientos tradicionales de una nación, juzgándose estos cimientos necesarios a la existencia de una conciencia nacional. Se trata más bien de subrayar el carácter inadmisibles de ciertas aseveraciones, comúnmente admitidas hasta sin haber sido discutidas, y cuya verdad ficticia es mantenida con fines de explotación política u otros.

Tal concepción nacional o económica, se supone, expresa un postulado de idealidad o una necesidad real que tiene que triunfar a cualquier precio. Es suficiente que esta concepción se realice, incluso por algún medio que la moral humanitaria repruebe, para que, sostenida por la fuerza de las cosas, se erija en dogma; es suficiente, por contra, que, por unas razones con frecuencia mal definidas, su realización sea comprometida, para que sea juzgada inadmisibles, es decir criminal. Es aquí, más que en otra parte, que se aplica la palabra de Pascal sobre la verdad, concebida como tal o como error por una parte y otra de los Pirineos. Se reclaman, habitualmente, unos mismos acontecimientos históricos para confirmar o para invalidar una tesis política. La «politización» de la historia, o, más exactamente, la intención de «politizar» la realidad histórica con el fin de sacar provecho, está principalmente fundada sobre la posibilidad de «mistificación» de los espíritus. Es en el curso de este proceso de deformación de lo histórico, en virtud de un pretendido conformismo con respecto del acontecimiento interpretado arbitrariamente, pero también con una cierta intención, que se utilizan los medios más diversos de deformación de las ideas y de los hechos. Ocurre también que el mito histórico se presente bajo la forma de una combinación o de un complejo de concepciones científicas y culturales, y que sea bajo esta misma forma que pretenda la universalidad más absoluta.

Raymond Aron sostiene con razón que hay unos límites en cuanto a la objetividad con la cual toda investigación histórica puede ser emprendida y conducida. Se podría distinguir dos principales niveles de referencia del mito histórico, por una parte, principalmente, un nivel «de acontecimiento», considerado tanto como nivel de concepción filosófico de la historia, y que presenta él mismo dos aspectos particulares bien distintos, según que la conciencia histórica se refiera al pasado o al porvenir; y, por otra parte, un nivel «heróico» sobre el fondo del cual están proyectados los distintos mitos de personajes míticos. A nivel «de acontecimiento», se puede considerar que la estructura del mito histórico responde a un esquema de evolución, o a un proceso, concebido e impuesto *a priori* según la intención de la conciencia o de las conciencias que se aplican. En este contexto, la causalidad histórica se interpreta según las aspiraciones deformantes de la realidad. El pasado histórico es así deformado con vistas a ser doblegado a las exigencias del presente. Tal es el caso de la poesía, cuando con Hesíodo, se esfuerza en mostrar que la edad actual de la humanidad es la última de una serie de fases de decadencia, y que el hombre griego del VIII^o siglo debe darse cuenta que su salvación no depende más que de él solo; o cuando, con Virgilio, presenta Eneas como el antepasado de Augusto. La poesía

histórica de Voltaire no está tampoco exenta de tales exageraciones. En Herodoto, el esquema «hibris» «némesis», aunque se trate de personas o de imperios, vuelve sin cesar con una insistencia y una regularidad que no se encuentra mas que en la tragedia griega. En Michelet, el idealismo exagerado de la intención histórica empuja a unas interpretaciones de hechos que tienen fantasía pura. No hay más que considerar la manera en que el mito mismo de Juana de Arco está tratado para convencerse.

El porvenir está, él también, considerado sobre todo en función del presente. Los historiadores griegos han estado muy atentos a este respecto, y se han confinado a los hechos solos. Es a la concepción hebraica de la historia, o mas bien a la historia hebraica, que es imputable esta tendencia del historiador a objetivar la intencionalidad de su propia conciencia. El mito del porvenir, como el mito del pasado, responde a unas necesidades sentidas en el presente, a unas necesidades urgentes de legitimar unas aspiraciones que pueden contrabalancear unas decepciones repetidas. Los diversos tipos de revelaciones proféticas responden a una necesidad real de extender la historia más allá del presente, limitando el carácter indefinido mediante unos límites significativos así puestos con vistas a dar un sentido a la actualidad. Todos los «profetismos» de nuestra era, comenzando por el «profetismo» agustiniano, han sido construídos sobre este esquema. Los «profetismos» modernos, los de Hegel, de Comte o de Marx, se diferencian, no obstante, del hecho que se refieren a un porvenir próximo, mientras que el esquema agustiniano «creación - redención - juicio» supone un porvenir más o menos alejado. Hegel y Comte quieren que el porvenir esté ya atacado. Más prudente, Marx lo rechaza ligeramente, sin incluso fijar el principio, así como lo hace, por ejemplo, en el XIII^o siglo, Gerardo del Borgo San Donnino que, previendo la «liberación» de los Cristianos del «yugo» de la Iglesia, preconiza el advenimiento de un estadio dominado por el «Espíritu», como continuación a los estadios del «Padre» (Antiguo Testamento) y del «Hijo» (Nuevo Testamento), y cuyo principio está curiosamente, pero bien imprudentemente, colocado en el año 1260. Unas concepciones análogas pasan con frecuencia en el folklore de pueblos oprimidos reclamándose de un pasado glorioso. El esquema subyacente en este caso es, ante todo, un esquema vagamente analógico: punto de convicción, pero implicación histórica; punto de garantía lógica, pero creencia de origen afectiva. La aspiración psicológica reviste, de esta forma, una vestidura de causalidad histórica.

A nivel propiamente «heroico», el mito histórico se vuelve esencialmente un mito de persona o de personas. El nacimiento de los héroes corresponde a una necesidad cuyo aspecto primordial es un aspecto psicológico.

gico. El héroe es, sobre un plano muy particular, la incarnación de la historia en un momento dado. La «dialéctica» de lo actual y de lo duradero se manifiesta en la formación de los mitos heróicos. Haría falta en la circunstancia distinguir la historia de los héroes míticos del mito de los héroes históricos. Los primeros son unos individuos con cualidades y con posibilidades de superhombres. Gilgamesh, Heracles o Ulises son unos seres que afirman su condición humana a través de unos esfuerzos repetidos, con el fin de superar unas dificultades cuya malevolencia de alguna potencia sobrenatural les abruma. Por la calidad de sus esfuerzos, se elevan a nivel de símbolos de la humanidad. Hombre como Ulises, semi-Dios como Heracles, el héroe mítico debe cumplir el mismo género de hazañas imposibles antes de liberarse de una maldición que pesa sobre él y que le tiene bajo su empresa, tal como un sortilegio.

La historia del nacimiento del mito de tales héroes puede ser vuelta a trazar en el espacio y en el tiempo. No hay pueblo que esté privado de su mundo de héroes. La creación de este mundo corresponde a la necesidad de afirmación, por este pueblo, de su propia existencia, de su propia individualidad. Obedece a unas leyes generales, y parece tener lugar según unos modelos arquetípicos comunes. La conciencia de los pueblos tiene necesidad de erigir unos tipos de individuos en símbolos que expresan el vigor. La imaginación colectiva, alimentada por la forma que estos mitos adquieren a través su elaboración literaria, acaba por integrarlos en un contexto de funcionamiento más o menos histórico. Alrededor del origen mítico, crea una aureola cuyos elementos esenciales están tomados de la historia, a una historia en que este origen se vuelve, a su vez, un elemento de estabilización. Tal es el caso del mito de Ulises, que está integrado en el contexto histórico de la guerra de Troya, y del que se perpetuará, de su lado, el recuerdo.

Un proceso inverso parece prevalecer en el curso de la formación de los mitos de héroes históricos; dicho de otra manera, este tipo de héroe parece emerger de un contexto histórico bien definido para cristalizarse en leyenda. No sostiene la realidad de los acontecimientos históricos, sino que está, al contrario, sostenido y reforzado. El caso de la formación del mito de Juana de Arco es un caso típico. Es suficiente de seguir la manera en que un historiador de la clase de Michélet utiliza este mito, para comprobar que punto tales creaciones pueden influenciar la conciencia de los historiadores, después de haber influenciado la actualidad histórica. No obstante, los dos procesos considerados presentan ciertos parecidos, es decir ciertos trazos comunes. En principio, la presencia del elemento sobrenatural que se manifiesta a través, por una parte, de un imperativo al cual el héroe se somete de grado (Gilgamesh, Heracles, Juana de Arco) y, por

otra parte, a través de una serie de intervenciones de potencias sobrenaturales que se consideran ser favorables sea a los héroes (Ulises), sea a la empresa que le ha sido asignada, sea, finalmente, a la causa que defiende (Juana de Arco); Después, y a pesar de la existencia de todo un abanico, de toda una gradación en cuanto a la fuerza física de que el héroe dispone (Hércules dispone de una fuerza excepcional; Ulises está obligado de unir la astucia a la fuerza; Juana de Arco es una mujer), la intervención compensadora del elemento sobrenatural es tal que el triunfo del héroe o de la heroína está siempre asegurado; finalmente, la acción del héroe sobresale siempre, y hasta gratuitamente, en la buena causa, la del triunfo del bien sobre el mal: Gilgamesh, Heracles y Ulises son castigados por haber pecado, pero expian su pecado por sus proezas y sus desgracias les vuelven simpáticos, al punto de merecer la asistencia de las fuerzas sobrenaturales del bien; Juana de Arco es la inocente sobre la cual recae la elección de conducir una nación humillada a su renacimiento. Los trabajos de Hércules, como los altos hechos de Juana de Arco, no les valen ningún reconocimiento; su suerte común hasta será de perecer sobre la hoguera, bien que por razones aparentemente diferentes. En su caso, el elemento purificador es el fuego; igual como en el caso de Ulises, es el agua.

Los análisis que anteceden permiten pasar al estudio de los mitos históricos contemporáneos con el fin de revelar los caracteres más importantes. Se comprobará al primer golpe que la mayoría de estos mitos conciernen a unos personajes reales elevados al rango de héroes. Estos mitos históricos no se hubiesen nunca impuesto sin el consentimiento, y mejor dicho, la complicidad de las conciencias receptoras, desestimadas fácilmente de sus derechos a la crítica de los acontecimientos y de las condiciones en las cuales estos mitos han sido elaborados; cansadas o inquietas, pusilánimes o intimidadas, aceptan cualquier información que les es presentada como verdadera, mientras que apacigue sus dudas.

Los rasgos principales de estos mitos recuerdan sorprendentemente los de los mitos «heróicos» clásicos que se refieren a unas figuras legendarias, tal el mito de Juana de Arco: primeramente, hacen su aparición en el curso de periodos de depresión, cuando las conciencias atormentadas están dispuestas a borrar ante la tentación del prestigio; en segundo lugar, hacen del «héroe» el hombre providencial que sabrá luchar por la buena causa del enderezamiento; en tercer lugar y a cualquier precio, presentan a este «héroe» como inspirado, como virtuoso, y por ello mismo, como desinteresado, como teniendo que alcanzar el éxito ahí donde los otros individuos, grupos o formaciones, han ya fracasado (de hecho, son con frecuencia estos mismos grupos que encuentran en la persona del «héroe» un

sustituto, antes de estar definitivamente desposeídos por él, en cuanto se encuentra en condiciones de imponer su propia voluntad). El caso de la creación del mito de Bonaparte es de los más típicos; no es por así decir aislado, sino forma, al contrario, una especie de modelo, sobre el cual unos mitos análogos han sido creados a continuación en unas condiciones más o menos análogas. Ciertamente, (y en el caso preciso evocado, esto es indiscutible), el mito no está desprovisto de toda objetividad; pero el aparato colocado para difundirlo y para imponerlo a la larga, aparato que se vuelve el sistema científicamente elaborado en el curso de la primera mitad de nuestro siglo, posee todos los caracteres de la mentira, y podría ser invariablemente el mismo en el caso de un personaje completamente diferente. Sea lo que sea, a la debilidad del Directorio, engañado a su vez, sucederá siempre la fuerza del Consulado. La imposición de las «llagas del Faraón» a los hombres por unos hombres o, al menos, la puesta en guardia contra tales llagas eventuales, no tiene otra finalidad por parte de unos más que el hacer nacer en los otros un sentimiento de culpabilidad y, por consiguiente, la necesidad de una redención que no puede venir más que de aquéllos: insolencia o maldición del hombre que reniega de su naturaleza aspirando a volverse igual a la divinidad.

El esquema «hibris» «némesis», esquema herodoteano, parece poder aplicarse a varios casos parecidos por unos espíritus ingenuamente «históricos», demasiado fácilmente inclinados a sucumbir al encanto de una concepción trágica de la historia. De hecho, las cosas se pasan mucho más sencillamente: el solo esquema que se vuelve a encontrar constantemente en todos estos procesos históricos, es el del conformismo en la deformación. Hay demasiadas dimisiones espontáneas o deseadas entre los débiles en provecho de los que tienen figura de fuertes; y demasiada voluntad de creer en los superhombres entre las conciencias ingenuas y, en todo caso, desorientadas o guiadas más por una pasión, además creada de cualesquiera piezas, y sabiamente mantenida del exterior, más que por un razonamiento clarividente. Estas conciencias se complacen en un tal conformismo deformante en este culto de los ídolos del que Vico, después Bacon, hace estado y hasta el día en que la verdad estalle, en que el mito se desplome, o la heroicidad tome fin. Por prudencia, la denuncia del «culto de la personalidad» sobreviene enseguida. ¿Se volverá? La nostalgia es el estado del alma donde se llega a olvidar lo más en provecho de lo menos. Es hasta posible que, de ahí, se venga a crear un mito nuevo en el cual el mito anterior podrá sobrevivir. Pero esto es ya leyenda... La información sobre la realidad actual en tránsito de volverse histórica ignora, con más frecuencia, estas verdades, cuya experiencia personal más corriente ofrece unas repeticiones

indicativas. Tributaria de conformismos convencionales, hace un uso inconsiderado de los sofismas más engañosos.

Sobre el modelo de los mitos heroicos, otros mitos, impersonales, son creados, pero en los cuales se denota una preocupación análoga de heroización, de «superhumanización». Así nacen, por ejemplo, el mito de la «nación invencible», el del «coloso militar», o el del «coloso económico» etc. Estos mitos están, aún más frecuentemente que los otros, erigidos en valores. Las técnicas de la propaganda y de la publicidad son idénticas. La verdad es multidimensional, y se encuentra siempre un sesgo por donde alcanzar al menos un aspecto particular. El método histórico elaborado desde el principio del siglo, podría aplicarse a la actualidad tal como lo es al pasado. La crítica de los monumentos, de los documentos y de los testimonios, ofrece, aún en el caso en que la supercheria no es ostensible, unos medios de detención de lo real. No será necesario el proceder fuera del estadio de lo heurístico al de lo hermenéutico, revelándose las causas de tales mitificaciones demasiado evidentes para que uno no se de cuenta enseguida de la futilidad de tal empresa, futilidad no de la finalidad, sino del objeto.

La sed del hombre actual (desvinculada de todas sus aspiraciones románticas) para unos mitos heroicos (las filosofías de la historia del tipo de la de Carlyle abundan) es tal que en defecto de héroes políticos o de ideologías proféticas, de las que es rápidamente desengañado, se contentará con ídolos del mundo de los deportes y del espectáculo. El papel de la prensa, bajo todas sus formas, en la información y, por consiguiente, en el proceso de la formación de mitos sobre la actualidad, política u otra, es enorme; sus responsabilidades lo son igualmente. La dificultad reside en el hecho de que, muy frecuentemente, unos mitos erigidos en valores han sido talmente integrados en un sistema de valores ya establecidos, que es imposible proceder a alguna demitificación sin que este sistema sufra. Poder central o grupos de presión, según la forma de vida pública considerada, tienden a imponer sus propios mitos a un sistema informacional que les es adicto, pero cuyas conciencias individuales pueden permanecer independientes. No es el equivocado, es el mentiroso que parece ser condenable; no por unas razones morales, se entiende, sino porque arriesga bloquear, en un momento dado, el funcionamiento del sistema en su totalidad. Se es indulgente con respecto a un error, pero difícilmente se perdona una mentira. El descubrimiento de una mentira acarrea inevitablemente la elaboración de nuevos mitos etiológicos — una serie de sofismas destinadas a sostener una causa perdida de antemano.

Sobre los planos de la ciencia, del arte y de la historia, conformismo y deformación en la información son dos actitudes comunes. Inherentes

a toda expresión de la actividad del hombre, están dictadas por su naturaleza, o bien ellas mismas se deben a unos factores estructurales exteriores que condicionan su vida, conjuntamente a los distintos aspectos bajo los cuales la lógica afectiva se manifiesta en él. Más aún que sobre los otros planos, no obstante, es sobre el plano de la historia que el peligro es más inminente; pues este plano cubre los dos otros en la medida en que se puede concebir una axiología histórica de la marcha de la ciencia y del arte. Ocurre que unos modelos de procesos más particularmente históricos sean igualmente revelados en estos campos.

Nuestra época es una época de relativismo si no de relatividad, y la profusión de mitos particulares, opuestos, si no contradictorios, no hace más que intensificar este carácter de denegación del valor absoluto; de manera que los mitos actuales, por elaborados que estén, no podrán ni siquiera, vistos los recursos técnicos de los que sus promotores disponen tan ampliamente, enraizarse en nuestra cultura y en nuestra civilización, estando inmediatamente impugnados por otros mitos tan poderosamente (y, por las mismas razones, ineficazmente) concebidos y sugeridos. Nuestra época es la de la desaparición de las grandes figuras individuales, bastante numerosas no obstante para bastar a fijarle (objetivamente y sin que ello necesita la creación de algún mito universal), por su solo número y su solo dinamismo, el sello de la grandeza épica.

EVÁNGHELOS MOUTSÓPOULOS